

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN HOMBRE DE ESTE SIGLO

Aun cuando el asunto que hoy elijo parezca estar fuera del círculo en que se encierran habitualmente estas crónicas, aun cuando pertenece al número de los que suele tratar aquí el egregio Castelar, yo haré por presentar á Edmundo de Goncourt, mi amigo y maestro, que acaba de morir en París, desde tal punto de vista, que se reconozca su derecho á merecer detenida y honorífica mención en las reseñas de la vida contemporánea. Edmundo de Goncourt es sin duda un hombre representativo de nuestro siglo, de sus refinadas curiosidades, de su culto místico del pasado, de su pasión por el arte, y tal vez de su esterilidad para crear arte propio, lo cual obliga á la generación presente á vivir de restauraciones arqueológicas. Debemos contar á Goncourt entre los primeros á impulsar este movimiento, entre sus precursores y guías, y reconocer que el despachito de Auteuil era un foco de donde irradiaban luces y chispazos, no tanto de ideas como de aficiones, de revelaciones estéticas, que modificaron sensiblemente el gusto de la generación actual.

Nadie regateará á Edmundo de Goncourt el título de insigne literato y primoroso escritor, ni menos el de erudito: ninguno hubo más sepultado que él en los libros, lo mismo en vida de su hermano Julio y en el ardor de la no interrumpida colaboración que ambos realizaron durante tanto tiempo, que después de la muerte de aquel hermano queridísimo, cuando ya el estudio y el trabajo fueron para Edmundo derivativos de la pena. Sin embargo, yo que tanto he leído las obras de Goncourt, creo que la huella más profunda de su genialidad no está grabada en las letras. Como literatos, los dos hermanos son originales, en el verdadero sentido que una crítica sutil puede atribuir á la palabra *originalidad*; es decir, que su estilo y sus conceptos no pueden confundirse con los de otro escritor de su época, ni referirse á ningún modelo anterior, á ningún predecesor ilustre. Pero esta misma originalidad, esta personalidad tan acentuada de los Goncourt, les ha estorbado para formar prosélitos y escuela literaria. No ha faltado quien tratase de imitarles, sin fruto y sin gloria; su nombre fué, durante algunos años, bandera de insurrección; su doctrina del *documento humano* levantó polvareda; sus prolijas descripciones y su empeño de producir, por medio de vocablos, la sensación de la pintura, causaron estragos entre alguna gente joven y otra que no lo era tanto, como Huysmans; mas fué todo ello un pasajero alboroto, remolino de polvo y aire...

Para darse cuenta del verdadero papel de los Goncourt, comparádslos con cierta gran figura literaria de su nación y de su siglo: Víctor Hugo. La enorme celebridad, el dinamismo literario del autor de los *Miserables* resaltan á primera vista. No habrá comarca del globo donde no se hayan traducido obras de Víctor Hugo; no habrá periódico ilustrado que no haya publicado su retrato; no habrá persona que sepa leer que alguna vez no haya leído su nombre; con las parodias de sus *orientales* se podría erigir una torre de papel impreso ó manuscrito; con los números de los diarios que le han prodigado alabanzas y dicterios se podrían empapelar las casas de una populosa capital. Pero buscad en las costumbres y en la vida contemporánea rastros del paso de ese rutilante cometa. Nada os lo recordará; en nada lo encontraréis. El mobiliario de vuestra morada, las ropas que os cubren, el arte que os deleita, la mujer que halaga vuestros ojos y vuestro corazón... no os hablan de Hugo y de su gloria literaria, tan reciente y tan fulgurante. Por el contrario, en cualquier detalle de nuestra vida civilizada os sería fácil reconocer la acción de Goncourt, siempre que conozcáis lo bastante su biografía, su historia y el asunto de gran parte de sus libros, de los que hoy se consideran más importantes.

La humanidad es indiferente y olvidadiza. Recibe la dádiva, se la apropia, y sepulta hasta el nombre del donador. Hace pocos días, platicando yo con uno de los contados verdaderos sabios que tenemos en España, salió á relucir otro sabio francés, del cual hablé yo con cierto benévolo desdén, porque no sabía sino que había muerto centenario. «Ese hombre de quien sólo recuerda usted la ancianidad —dijome

el sabio español— ha sido sin embargo uno de los bienhechores con quienes somos tan ingratos. Cada vez que encienda usted una bujía, acuérdesse de Chevreuil, á quien las debemos.» Goncourt no es un descubridor ni un inventor: es otra cosa, es un *revelador*. La transformación del gusto moderno, desde mediados del siglo, no sostengo que proceda de él exclusivamente, pero sí que en él adquirió conciencia de sí misma. Ya sé que esta transformación del gusto no carece de censores y detractores; que no falta quien la considere una forma de decadencia, un amaneramiento, una afeminación. Nadie podrá negar, así y todo, que ha ensanchado los límites de la belleza, y que ni los que la censuran dejan de rendirle culto: tan rápida y seguramente se ha infiltrado en nuestros sentidos y en nuestra fantasía.

¿Y cuál ha sido el papel de Goncourt en esta transformación? Lo señalaré en breves palabras. El influjo de los Goncourt se manifiesta de un modo principalísimo en el advenimiento del arte japonés y en el triunfo indiscutible del arte del siglo XVIII. Podrían agregarse á las conquistas de Goncourt el *colorismo* y el documento íntimo en la historia. Sigamos las corrientes del gusto actual y hallaremos en su origen á los Goncourt. Sin duda ese gusto estaba en la atmósfera; sin duda la imaginación de nuestro siglo se encontraba predispuesta á recoger y estimar y adaptarse esos elementos de belleza y de carácter; no por eso los Goncourt dejarán de haberlos presentado y apreciado y difundido antes que nadie.

¡Qué pronto cundieron! Hoy llegan á todas partes, hasta á los villorrios, los miseros villorrios de mi tierra, en los cuales ya han penetrado el exótico abanico nipón, el falso mueble de Boule, la silla de bambú y la pieza de rameada batista trianonesa, de la cual la hija del pedáneo ó la sobrina del cura cortarán, por un figurín inspirado en algún cuadro de Watteau, el vestido para lucir el día de la fiesta patronal. Pero no consideremos estas influencias así, en caricatura; estudiémoslas en las esferas más elevadas de la sociedad. Y aquí sí que son una epidemia los dos estilos favoritos de Goncourt, y sobre todo el rococo, el arte anterior á la Revolución francesa, los dos reinados de Luis XV y Luis XVI. Al empezar los Goncourt, hace cincuenta años, á recoger y coleccionar en las tiendas de los anticuarios y chamarileros de París porcelanas, cajitas, telas, bronceos, libros, estampas y hasta abanicos de esa época, consiguieron maravillas á precios baratísimos, porque á nadie se le ocurría entonces gastar en baratijas tales, absolutamente pasadas de moda. Pues bien: baste saber que, en la actualidad, el objeto de arte que más alto se cotiza en el comercio de antigüedades — más que el bizantino, más que el gótico, é infinitamente más, por supuesto, que el del Renacimiento — es el objeto del siglo decimotercero, desdeñado ayer. En el presente año — que ha visto morir al último de los Goncourt — no sólo se estima ese estilo, pero se falsifica, se imita rabiosamente, y domina y señorea en el mobiliario y el traje. Penetrado en el gabinete de una dama de estas que viven en los ápices de la moda. De fijo que la dama no sabrá el nombre de Edmundo de Goncourt, ni habrá tenido en las manos ninguno de sus libros, así los recreativos como los didácticos. Sin embargo, la susodicha dama y cuanto la rodea está impregnado del gusto y del sentimiento artístico del cual fué Goncourt pregonero. Reviste las paredes un *lamps* de colores suaves y pálidos, copia exacta del que cubría el tocador de María Antonieta. Los muebles son de laca blanca y azul, de formas contorneadas, semejantes á las involuciones de las conchas del mar, y ajustados á un modelo de Versailles. Figuritas de blanco *biscuit*, pastores y pastoras, decoran la chimenea. Sobre una mesa cuyos bronceos se inspiran en riquísimos bronceos antiguos, se ve un libro metido dentro de una carpeta de brocado Pompadour, con galones de plata vieja. El retrato de la dueña de la casa, que descuelga encima del sofá, cercado por finísima moldura dorada de volutas y rosas, no es un *óleo*, es un *pastel*, de tonos apagados, obra reciente que recuerda las joyitas de Latour, esos retratos deliciosos del pelo empolvado y los *fichús* blandamente sujetos sobre el seno por una lánguida flor...

Observad cómo va vestida la dama que se dispone á salir. Cíñe su talle una casaca Luis XV, salpicada de capullos, con botones de esmaltadas miniaturas; y el sombrero que aureola su rostro es un *marquise* atrevido, digno de las cacerías á que asistía la Dubarry con uniforme de *cheval-liger*. Su mano, saliendo de una ola de puntilla rancia, aprieta el puño de la sombrilla, puño de porcelana de Sevres ó de plata cincelada, en forma de cayado — una sombrilla que está gritando por Trianon. — Revolved los armarios de la dama que hasta el nombre de Goncourt ignora, y en ellos encontraréis desde el perfumado saquito guardaencajes, reproducción exacta del que usa-

ban la Lamballe ó la Polignac, hasta el abanico de nácar con galantes pinturas, que en medallones de oro rodeados de turquesas lleva los bustos de la familia del rey decapitado. Estamos invadidos por el siglo XVIII, conquistados y seducidos por su finura, por su gracia, por su distinción, por su aristocracia de pura sangre; y esta restauración victoriosa la empujó Goncourt, no sólo desenterrando y coleccionando preciosidades, sino analizando y estudiando ese período en libros donde la erudición se deriva de la sensibilidad estética.

Alejaos del elegante gabinete, y entrad en cualquier Exposición, en cualquier museo de arte contemporáneo y en los talleres de pintores, escultores y decoradores, y veréis clara, como la luz, la influencia del japonismo, aunque probablemente tampoco muchos artistas contemporáneos sabrán el nombre de Goncourt. No sólo en los cachivaches orientales que adornan y realzan con sus raras formas y su vivo colorido los muros del taller; no sólo en las armas fantásticas, en los sables de esculpida vaina, en los *Kakemonos* donde vuelan las grullas y echan fuego por los ojos los dragones y los monstruos quiméricos que parecen abortos de la pesadilla, sino en el lienzo que el artista empieza á manchar, en el dibujo que traza velozmente, en los adornos que desarrolla sobre el recuadro, en el barro que modela os sorprenderán reminiscencias de la peculiar concepción del arte japonés, y se os vendrán á la memoria los curiosos y geniales cuadernos de los grandes artistas japoneses. Hasta en los periódicos ilustrados, en la caricatura, veréis la marca del Japón, el aura oriental. Paseaos por las calles de las ciudades más cultas y registrad los escaparates de las tiendas: porcelanas y barro del Japón, biombos del Japón, minutas japonesas para la comida, telas con dibujos japoneses, ceniceros japoneses, hasta retratos sobre papel de arroz. Milagro será que en vuestro despacho mismo, cerca del *Buda* dorado, no se luzca el gran vaso de bronce, ese objeto de arte sorprendente y hace años desconocido, ó el grupo de luchadores, que compite con las estatuillas griegas. ¿Que esta invasión no puede ser obra de un hombre solo? Me he anticipado á declararlo, no se me acuse de que le cuelgo milagros á Edmundo de Goncourt. Nadie hace milagros de esta índole, y menos hoy, cuando las relaciones entre los diversos países del globo se estrechan cada día, las comunicaciones son rápidas y frecuentes, cierto término medio de ilustración se ha generalizado, y todo viajero que vuelve de esas comarcas misteriosas conoce lo que debe traer en su maleta, lo pintoresco, lo raro aquí, y lo trae y lo conserva y lo divulga. Insisto en que las transformaciones del gusto, si son obra colectiva, tienen sus heraldos, que arrojan en un círculo de inteligentes las primeras semillas, y con su entusiasmo, con su prestigio, con el contagio de su admiración, consiguen aclimatar lo forastero, restaurar lo olvidado y cambiar el rumbo del sentimiento artístico.

¿Adónde irá á parar, ahora que Goncourt ha llegado al término de su carrera, la inestimable colección, los libros únicos, las rarezas cazadas con tales arduos y una paciencia tan ardorosa, por decirlo así, en los desvanes, en las trastiendas, entre el polvo de los almacenes, dentro de los cajones de un mueble desvencijado y hasta debajo de tierra? Una de las cosas más tristes de este mundo, donde tantas tristezas nos rodean, es la dispersión de las colecciones por muerte del coleccionista. Manos ávidas se tienden hacia los tesoros, á los cuales prestaba su dueño fisonomía personal, el carácter de su espíritu. Todo se descompone, se trastorna, se profana, se desarmoniza. Y es el destino: ni una colección se salva. Aunque Goncourt, en vez de mantenerse célibe, hubiese fecundado una familia, sucedería lo propio, pues no sólo es poco frecuente que los hijos tengan las aficiones del padre, sino que suele dolerles ver paralizado el no despreciable capital que la colección representa. Queda el recurso de legarla á otro aficionado maníaco, ó bien á un Museo: lo primero no lo hacen jamás por envidia y celos póstumos, pues no hay Otelo ni hay tigre comparable á un coleccionista; y lo segundo, si tiene la ventaja de evitar que la colección se desparrame y la arroje la tempestad á la playa inhospitalaria de las tiendas, en cambio roba á esos objetos animados por la voluntad de un hombre el *yo no sé qué* en que consiste su encanto... Los objetos reunidos por Goncourt formaban parte de su alma; eran algo que me es imposible representarme en otra parte más que en aquella casita de Auteuil, tan pequeña y cuca, con su jardín, donde, en vez de los vulgares figurones de cinc con que suelen adornarse los cenadores y los bosquetes, había magníficas porcelanas... ¡Pobre Goncourt! Murió pensando en que todo eso iría á parar á la subasta..., al martillo...

EMILIA PARDO BAZÁN